

MÓNICA URQUIJO

“Teje” la naturaleza



Texto y fotos
CLAUDIACUELLO

Mónica Urquijo camina entre la naturaleza, se compenetra con ella, palpa su interior, recoge sus frutos y aprovecha su esencia.

Ese mundo particular con el que mantiene una comunicación diáfana se suspende en la suavidad de los tejidos, en la búsqueda de los colores y en el rescate de las tradiciones. La vegetación responde a sus interrogantes. Las fibras al tocarlas parecen deshilvanarse en unas manos diestras que las reciben con paciencia para seleccionarlas. Es una labor dispendiosa, de mucha paciencia, que sólo puede realizarla la devoción de un artesano. El trabajo de Mónica está inspirado en la belleza del fique, la transparencia del tallo de plátano y la suavidad de sus hojas, la dureza del bambú, la resistencia del bejuco, lo áspero de la matamba de corozo y la fragilidad de la palma de iraca.



Cada fibra le da un resultado increíble. Al lado de artesanos de Sabanal y Tuchí en Córdoba, de San Agustín Obando en Huila, de San Jacinto en Bolívar, Curití y Charalá en Santander, y Buenaventura en el Valle del Cauca aprendió la maleabilidad y el comportamiento de sus elementos de trabajo.

Se unió a ellos e investigó sus técnicas en el tratamiento de las fibras vegetales, para luego aplicarlas y mejorar la calidad en sus creaciones. Mónica estudió diseño textil en Bogotá y París, ciudad en la que aprendió a afinar el ojo y el gusto por lo exquisito. Viajar por África, Egipto, India, y Filipinas la enriqueció visualmente y le despertó el interés por las costumbres de sus antepasados. La diversidad de colores en los textiles, la sencillez y a la vez lo profundo de la simbología le permitieron explorar lo desconocido.

Por un tiempo se dedicó a la docencia y a manejar su taller de textiles, en el que invernó y descubrió que los artistas no son buenos administradores. La experiencia la conduce a otro camino más despejado, tranquilo, sin los afares del sector industrial. Se inclinó por la decoración y empieza a diseñar espacios de acuerdo con las telas, los colores, las texturas, la pasamanería y los herrajes. Sus ambientes son depurados creando una sensación de transparencia. Mónica necesitaba despejarse y durante un año se dedicó a viajar; “un año sabático”, lo denominó. Observó las nuevas tendencias en las que hay un riguroso respeto a lo natural y exótico. En Europa exhibían distintas alternativas del uso de tejidos en muebles y fascinada se dejó atrapar por esta tendencia. Cuando regresó se dio cuenta de que en Colombia existe una gran variedad de plantas sin aprovechar que son indispensables para su proyecto. Inició con la mata de plátano, de la que utilizó sus hojas para trenzarlas y producir espectaculares piezas aplicables al diseño. Los artesanos de la región bananera le explicaron

cómo sacar delicados hilos del tallo y el minucioso proceso del hilado. Su viaje se convirtió en una fascinante aventura. Rescató cientos de fórmulas para el tratamiento de las fibras vegetales, que hoy utiliza en su taller en la elaboración de finas telas para cortinas, muebles, alfombras, tejidos y diferentes elementos decorativos. Todavía le falta por conocer. Actualmente trabaja, al lado de los artesanos, en el perfeccionamiento de la palma de coco y la mata de maracuyá. El tema de las tintas vegetales es otro de sus experimentos que la mantiene ocupada. Mónica logra su paz interior descubriéndose dentro de ese mundo natural. Sus rincones así lo proyectan: luz, naturaleza y colores que rompen con la monotonía.